

Solos

Antonio Valle

Solos

septem 
ediciones

Índice

Una mujer a la sombra	7
Recursos.....	15
¿Qué decía Shakespeare del frío?.....	17
Pájaros.....	25
Tres golpes.....	27
AH.....	35
Animales	39
Chico para todo	43
Mientras no se manche.....	49
Cero y ese ante el espejo	59
Héroe en blanco	61
Los monstruos tienen familia	67
Pequeñas tragedias.....	75
Suicidabarita	81
¿Cómo bailaba?	105
Mensajero.....	117
Olores voluntarios	127
La canción del vecino	135
Tener un recuerdo	143
De hombre a hombre	149
El clic.....	151
Epílogo-Prólogo.....	159
Solos (La Novela)	161

Una mujer a la sombra

ME ENCONTRÉ CON LA rusa CASI treinta años después, tan echada a perder que sólo la reconocí al oír su voz pronunciando mi nombre. Entonces supe que el resto de la velada no sería un encuentro ideal entre viejos amigos como había propuesto Marisa la noche que nos encontramos en uno de los bares de siempre, aquellos que dejé de frecuentar. Los bares, como las ciudades, pueden ser el marco perfecto para un momento de la vida pero con el tiempo todo va perdiendo su color, la gente envejece o aburre y todos queremos ver algo diferente, tal vez igual de viejo y sin color reconocible pero nuevo, para tener al menos algo distinto ante los ojos que enrarezca ese momento sencillo ante la barra y haga sentir al cuerpo dispuesto a vivir, a reaccionar ante lo desconocido.

Marisa se empeñó en que nos reuniéramos para recordar viejos tiempos en su casa de piedra y maderas nobles; tan acomodada, tan aletargada con sus posesiones, como aquellos que criticaba cuando bebíamos juntos. Intentaba rodearse de unos viejos amigos que ya no lo eran, tan sólo compañeros de viaje,

de copas o de cama, jóvenes y llenos de propósitos que hace tiempo se convirtieron en trofeos tras la vitrina o habitantes de despachos inaccesibles. Ahora es imposible tomarse en serio sus tiernas lágrimas, algo que siempre se le dio bien, un gimoteo que rindió a muchos hombres de su vida y tanta risa nos daba, cuando no era vergüenza o envidia. Y hay que reconocer que fue buena ojeadora, aquellos jóvenes brillantes que creían en sus lágrimas son ahora peces gordos o vacas sagradas. Ella era flaca, fea y pequeña pero siempre consiguió de los hombres lo que quiso. Nosotros hacíamos los posibles volcando nuestro intelecto en busca de bellas palabras, las mejores propuestas y atractivos para la conquista, casi todo ficción, puro artificio; pero siempre quedábamos absurdos ante el triunfo del agua salada, aquel simple recurso de Marisa cuando lo demás no le daba resultado. Si su desparpajo apabullante no llegaba al hombre deseado la actriz bochornosa acababa demostrando la más imperecedera animalidad, esa compasión paternal, caballeresca o simplemente vanidosa que acaba rindiendo los muros de la fortaleza más aguerrida ante algo que los años me han enseñado: una lágrima puede más que mil palabras.

Un grupo de viejas glorias apenas reconocibles, algunas artificiosamente rejuvenecidas y otras sin duda pactadas con el diablo o poseedoras de un retrato, escondido en el desván, donde se golpan sus arrugas y sus muchos pecados liberando de esa carga a la carne mortal, llegaron a casa de Marisa para comer. Ella se arregló para que todos la siguieran a ver los arreglos internos, las reformas que había hecho en el caserón decimonónico que formaba parte de la herencia de su difunto marido. Como quien no quiere la cosa, su mano posada en mi hombro, me vi dirigido al jardín donde se hallaba “el huésped de la casa”, definió Marisa, alguien que conocía mis libros y tenía interés en ver mi aspecto, añadió. Debería haber pensado en ese momento que Marisa nunca había perdido unas armas manipuladores que con los años, al contrario que otros artejos, se engrasan.

Así de marioneta iba caminando por un césped perfectamente recortado hacia la higuera inmensa, árbol de sombra poderosa que cobijaba a una persona que apenas podía distinguir, deslumbrado como estaba a su merced. Pero a medida que avanzaba mis ojos aún flexibles aclaraban la sombra. Una mujer recostada en una hamaca dejó el libro que leía, se quitó las gafas que lanzaron por un momento un breve destello y me llamó por mi nombre. Luego me dio una orden.

—Pon los pies juntos para entrar y baja la cabeza.

—¿Cómo?— fue todo lo que pude decir, sorprendido por la voz y al mismo tiempo haciendo lo que me pedía. Había conocido bien aquellas órdenes, formando parte de mis mejores rutinas, de apenas unos meses de duración pero inolvidables; eran siempre el prelude de algo grande, de los mejores momentos de placer, tiempos de felicidad inconsciente que no he podido borrar de la memoria. Era el único protocolo ante la cama, innecesario, extravagante, como tantas cosas que hacíamos.

Nunca he sido un hombre dócil, ni siquiera manejable, más bien sería un ejemplo de todo lo contrario, por eso son pocas y extrañas las amistades que conservo. Aún ahora no tengo claro porqué obedecí aquel mandato de la Rusa, de nuevo, como antaño; sé que ella quería jugar conmigo, pero eso lo sé ahora, cuando ya nada sirve. Supongo que fue el deseo de agradar a un desconocido huésped admirador de mi obra lo que me hizo bajar la cabeza, mientras intentaba ordenar las ideas y pensaba si sería otra treta preparada por Marisa.

Pero así, con la cabeza baja, mirando mis asombrados pies de urbanita pertinaz entre la hierba, aún sabiendo la jugada de las dos mujeres, sentí una alegría que era imposible volver a vivir. Porque aquella voz que oía era la de una mujer que había dado por perdida muchos años atrás.

—Sonia.

—Qué mala es Marisa. No se equivocó en nada.

Intenté verla mejor, descubrir cuánto tenía que esconder en la penumbra al modo de una decrepita belleza sureña. Pero la sombra de la higuera aún podía con mis ojos. ¿No decían que estaba en París, Madrid, Londres?

—¿Qué haces aquí?

Había envejecido bien. Ya era mayor cuando yo la conocí, me llevaba más de veinte años, pero era una de esas mujeres esbeltas, sin carnes perniciosas salvo por la lujuria, y aún siendo una bebedora terrible sólo unas ojeras casi azuladas daban a entender su nocturnidad. Ahora las bolsas bajo los ojos eran lacias y más pronunciadas, el único tajo que la vejez había marcado en el rostro de una señora mayor muy elegante, con esa mezcla de ademanes y entonación que nunca se pierden del todo.

—He venido a secar, cariño. Para eso estoy aquí. ¿No ves que ya no doy para mucho más? Si no dejo la bebida, lo dejo todo.

—Estás tan guapa como siempre— mentí un poco—. Más elegante que nunca.

Al acercarme a ella vi que no había ningún asiento, sin duda era otra triquiñuela de Marisa, capaz de prever y maquinarse todo lo posible. No me resulta fácil sentarme en la hierba, no sólo por estar bien avanzado en la cincuentena, simplemente hay algo que no funciona bien entre el campo y yo. Pero lo hice, me senté en la hierba al lado de la Rusa. Su mano lucía una perfecta manicura, uñas rojas, casi granates, perfectamente esmaltadas de sangre, como en mis sueños.

—¿Dónde te has metido todos estos años?— pregunté.

Cerró el libro que estaba leyendo conservando un dedo como marcapáginas. No sé si lo retenía como un reto o una amenaza, dispuesta a seguir la lectura si mi realidad no era suficientemente interesante, o como puerta de escape, un refugio posible ante una deriva desagradable.

—Acércate un poco más. Ponme la cara en las manos— dijo.